

que cuestan tan poco á las gentes de ilustre nacimiento, pasó á ver á Guillelmo, duque de Pulla y de Calabria, á fin de obtener de él un socorro mas pronto, y abatir de un golpe el orgullo del intruso. Volvió á Roma á celebrar las fiestas de Pascua, é inmediatamente despues envió un ejército numeroso á Sutri con el cardenal Juan de Crema, á quien no tardó en seguir. Asi que los habitantes de la plaza vieron batir sus murallas, se apoderaron de la persona de Burdino, que hacia tres años llevaba el nombre de Papa, y le entregaron á los sitiadores. Los soldados, despues de haberle llenado de injurias, le hicieron montar al revés en un camello, y le pusieron sobre los hombros una piel ensangrentada de carnero para representar burlescamente la cabalgata en que el Papa se presenta vestido con la gran capa de escarlata. De este modo entró el antipapa en Roma (1121), y á un espectáculo tan digno de conmiseracion, el pueblo no solo no se enterneció, sino que le hubiera sacrificado á su furor si el Papa Calisto no le hubiese hecho sacar prontamente de sus manos. Inmediatamente le envió al monasterio de Cava para que hiciese penitencia. Este desdichado sobrevivió á Calisto, y murió aprisionado en Fumon, cerca de Alatri, en el pontificado siguiente.

El Papa restableció el buen orden y la seguridad pública; demolió las fortalezas tanto de los Frangipanes como de otros pequeños tiranos, y puso en razon á todos los grandes de Roma, ante quienes sus predecesores apenas se habian atrevido á respirar, por decirlo así. Las ofrendas de San Pedro, que estaban en posesion de ser impunemente robadas, las hizo poner á su disposicion para emplearlas en utilidad de la Iglesia (1). El espíritu de interés tan extraño á su carácter como á su alto nacimiento

influia en él tan poco, que persuadió á los ingleses á que hiciesen la peregrinacion de Compostela mas bien que la de Roma, á causa de lo largo del camino, y esta es la razon por qué aplicó las mismas prerogativas á la iglesia de Santiago que á la de San Pedro. Tambien concedió á los cruzados que fuesen á pelear contra los sarracenos de España, la misma indulgencia que á los que combatesen por la Iglesia de Oriente (1). Y es bien extraño que con unos rasgos tales del desinterés de Calisto, el autor mismo que los presenta como nosotros, añada hablando de las órdenes dadas por este Papa para el restablecimiento de Toustain de York, que este arzobispo *las obtuvo por aquellos medios con que en Roma se obtenia todo*; esto es, con el dinero; porque esta es la palabra del enigma, mas fácil de adivinar sin duda en la boca de un protestante que en la de un ortodoxo.

La caída del antipapa, animando por todas partes á un tiempo el valor de los católicos y el despecho de sus adversarios, causó una fermentacion universal, y puso sobre las armas á toda la Alemania. El emperador emprendió reducir á Maguncia, cuyo arzobispo Alberto ó Adalberto se habia hecho un contrario de este principe tanto mas temible, cuanto mas parte habia tenido en su confianza (2); y para poner el sitio á la ciudad reunió tropas de todas partes. El arzobispo por su parte conmovió toda la Sajonia, adonde juzgó oportuno retirarse menos para combatir al jefe del imperio que para impedir sus excesos infundiéndole terror. No se engañó en sus miras. Viendo Enrique levantada toda la Germania, se acordó vivamente de que estaba herido con las mismas censuras y hacia el mismo papel que le habia servido de pretesto para des-

(1) Bolland, tom. 6, p. 488.

(2) Usperg, ann. 1121.

tronar á su padre. Asi que, hácia el medio de la campaña de 1121, habiéndose avistado los dos ejércitos, deseando uno la paz, y temiendo el otro el éxito de la guerra, se enviaron de una parte y otra parlamentarios para tratar de convenio. El emperador vino en remitirse á los señores, por lo cual se nombraron doce de cada parte y se convocó una asamblea general en Wurzburg para el 30 de setiembre al otro dia de San Miguel. En ella fué determinado que pasaria á Roma Bruno, obispo de Spira, y Arnulfo, abad de Fulda, á suplicar al Papa que convocase un Concilio general en que este grande negocio quedase terminado.

Se prepararon para este Concilio los sabios, ejercitando sus plumas sobre las materias oscuras y delicadas que debian tratarse en él. El cardenal Pedro de Leon entre otros consultó á Geofredo de Vandoma tambien cardenal, quien con esta ocasion compuso su Tratado de las investiduras (1). En él estableció los mismos principios que Ivon de Chartres; á saber, que la ordenacion hace al obispo, como el bautismo hace al cristiano; pero que no confiere ningun derecho, si no es precedida de una eleccion canónica. Despues sostiene, que la investidura es una heregia como la de la simonia; esto es, que es herético decir ó creer que los legos pueden dar jurisdiccion espiritual ó la investidura por medio del báculo y el anillo, que son las señales visibles del poder pastoral, y que por consiguiente pertenecen al sacramento del orden: «Usurpacion tanto mas culpable, añade, cuanto que es simoniaca, porque los principes no se manifiestan tan celosos de ella sino por el dinero ú otras ventajas temporales que sacan por su medio.» El resto del Tratado, poco conforme á la exactitud de sus primeras decisiones, prueba bien cuánta

necesidad de ilustracion tenia todavia la materia. Mas razonado quizá nos parece este Tratado en lo que dice contra el abuso de las dispensas. El autor, cardenal de la Iglesia romana, escribiendo á otro cardenal, clama fuertemente contra aquellos que decian que en materia de dispensa todo le era permitido á esta Iglesia. «Puesto que el sucesor de Pedro, dice, no tiene mas poder que Pedro mismo, ni ciertamente mas que Jesucristo que vino á cumplir la ley, y no á abolirla, debe usar del poder que le es confiado, no segun su voluntad sino segun la tradicion. Si alguno, aun de sus inferiores, le hiciese conocer los justos limites de que se ha propasado, debe recibir este aviso.» En otro escrito dirigido á Calisto, sostiene tambien Geofredo, que la investidura por el báculo y el anillo es una heregia, porque es una empresa de los legos para conferir un sacramento. Este escritor es tambien el primero, segun Fleury, que empleó la alegoría de las dos espadas, tan famosa en lo sucesivo en las largas divisiones del sacerdocio y del imperio. «Jesucristo, dice, ha querido que estas dos espadas fuesen empleadas para la defensa de la Iglesia; pero si la una embota á la otra, no se cumplen sus intenciones; entonces la justicia ya no está en el Estado, ni la paz en la Iglesia; y de ahí los escándalos y los cismas, la pérdida de los cuerpos y la de las almas (1).»

El obispo de Spira y el abad de Fulda, diputados á Roma, habiendo preparado la materia y allanado las principales dificultades, se volvieron á Alemania con tres cardenales que el Papa enviaba al emperador, y en consecuencia se tuvo una dieta imperial en Worms, donde despues de muchas conferencias se arregló por fin la paz felizmente (1122). El emperador renunció las

(1) Opusc. 2.

(1) Opusc. 4.

(1) Malmesb. V, reg. pag. 169.

investiduras por el báculo y el anillo, restableció la libertad de las elecciones y dió por escrito la declaración siguiente: (1) «Yo Enrique, por la gracia de Dios Augusto emperador de los romanos, por amor de Dios, de la santa Iglesia romana y del señor Papa Calisto, y por la salvación de mi alma, devuelvo á Dios y á los Santos Apóstoles toda investidura por el báculo y el anillo, y concedo á todas las iglesias de mi imperio la libertad de elegir y consagrar sus preladados. Restituyo, tanto á la Iglesia de San Pedro como á las demas iglesias, así á los clérigos como á los legos, los bienes que les he usurpado, y procuraré con todo mi poder la restitucion de los que les han sido invadidos por otros. Doy una paz verdadera al señor Papa Calisto, á la santa Iglesia romana y á todos los que sostienen ó han sostenido sus intereses. Socorreré fielmente á la Silla apostólica siempre que recurra á mí, y la haré exacta justicia cuando me pase alguna queja.»

Los legados del Papa por su parte firmaron un escrito en que el Gefe de la Iglesia habla así al del imperio: «Yo Calisto, siervo de los siervos de Dios, os concedo á vos, Enrique, Augusto emperador de los romanos y querido hijo mio, que las elecciones de los obispos y de los abades del reino teutónico se hagan en vuestra presencia, pero sin restriccion de libertad y sin simonia, y á fin de que, si hay division, protejais el partido mas justo segun el juicio del metropolitano y de los comprovinciales. El elegido recibirá de vos por el cetro los derechos de regalia, pero á escepcion de lo que pertenece á la Iglesia romana, y él os corresponderá con las obligaciones de derecho. Cuando me pidais socorro, os le prestaré segun las obligaciones de mi cargo. Concedo una paz verdadera á vos y á todos

(1) Tom 10 Concilior. pag. 296. (1)

los que son ó han sido de vuestro partido en el curso de esta desavenencia.»

Estos empeños reciprocos fueron firmados y entregados con grande aparato en una llanura de las orillas del Rhin, á causa de la multitud prodigiosa que componia la asamblea. Se tributaron vivas acciones de gracias á Dios, y despues el legado Lamberto, cardenal y obispo de Ostia, que sucedió al Papa Calisto bajo el nombre de Honorio II, celebró la misa, en la cual dió el beso de paz y la comunión al emperador. Los legados dieron también la absolucion á las tropas de Enrique y á todos los que habian tenido parte en el cisma; despues de lo cual se separaron con una entera satisfaccion de una parte y otra.

Para dar toda la estabilidad y autenticidad conveniente á un asunto de tanta importancia, se tuvo en Roma durante la Cuaresma del año siguiente (1123) un concilio reputado por el primero ecuménico de Letran, y el nono de los generales. Halláronse en él mas de trescientos obispos, y mas de seiscientos abades, y al todo cerca de mil preladados. Nada nos ha quedado de este concilio de lo respectivo á su objeto directo, que era la confirmacion de la paz entre la Iglesia y el imperio; pero se sabe con toda certidumbre por otra parte, que fué tan felizmente ratificada como habia sido concertada. Nada de este concilio se ha libertado de la desgracia de los tiempos mas que los cánones que estableció en número de veintidos, y son en gran parte repetidos de los concilios precedentes.

Pero aunque el cisma y la discordia hubiesen sido abjuradas sinceramente, la cizaña estaba demasiado arraigada para que se pudiesen estirpar tan prontamente sus profundas raices. Todavía veremos renovarse estos violentos conflictos de las dos jurisdicciones con todas sus trágicas escenas. Per fortuna la calma restablecida en el

último concilio romano, consoló por algun tiempo á la Iglesia de haberse visto precisada á emplear sus armas espirituales para hacer entrar en razon á los reyes y empe-

radores y para que ellos mismos observasen las máximas de orden y de justicia que así obligan á los principes como á los pueblos.

### LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

Desde el primer Concilio general de Letran en el año 1123, hasta la muerte de San Bernardo en el de 1153.

Es ciertamente muy humillante para el espíritu el que las sectas mas insensatas y mas corrompidas hayan sin embargo disfrutado mas larga duracion. Desde los primeros siglos de la Iglesia, los gnósticos y los maniqueos habian horrorizado hasta á los mismos paganos, pues los reputaron dignos de los últimos suplicios. Perseguidos con la misma severidad por los principes cristianos, trocaron el nombre, el método y el lenguaje; pero conservaron las mismas estravagancias, las mismas impiedades y la misma disolucion que resucitaron bajo mil formas distintas desde el Oriente hasta las estremidades del Occidente. Viéronse los paulicianos en Asia, los priscilianistas en España y otros muchos corruptores igualmente perversos, aunque menos famosos, infestar hasta el corazon de las Galias y la capital del mundo cristiano, siendo unos monstruos mas propios para inspirar la execracion que para acreditar la seduccion: monstruos que sin duda con este objeto permitió la Providencia se reprodujesen mientras rehusaba á otras sectas la facultad de perpetuarse de ese modo. Veremos bien pronto á los discipulos de Pedro de Bruti,

los enricianos ó enriqueños, los valdenses y los albigenses, sucederse casi sin intervalo y estenderse con rapidez por las mas hermosas provincias de la Francia; de suerte que para preservar el cuerpo de la nacion, fué necesario cortar sin piedad los miembros gangrenados, y para purificar su sangre fué preciso casi agotarla.

En la época á que hemos llegado, aparecieron en la Bélgica estos monstruosos errores con una audacia sorprendente. En la ciudad de Amberes, entonces ya muy considerable y poblada, pero que sin embargo no tenia para su gobierno espiritual mas que un solo sacerdote que vivia amancebado con una sobrina suya, un dogmatizante llamado Tanchelmo ó Tanquelino, se aprovechó del descrédito en que estaba pastor tan despreciable para hacer grandes estragos en aquel rebaño casi abandonado (1105). Era Tanquelino un simple lego, de costumbres disolutas, pero hábil en disfrazarse, fecundo en intrigas, sutil en las disputas y naturalmente elocuente. Insinuó por el pronto sus errores por medio de las mugeres á quienes habia corrompido, y á quienes ensayaba bastante en artificios para engañar has-